

OPINIÓN



@mirnashindler

"De continuar los graves hechos de violencia registrados ayer en Santiago y el país, la masividad del movimiento social corre seriamente el riesgo de desvanecerse. La gente quiere cambios, mejorar su vida, pero no que le destruyan lo poco bueno que tiene".

Mima Schindler

@IgnacioAchurra

"Si se baja la temperatura social con acciones a la altura de la crisis, se irán aislando a quienes están solo por destruir y quemar. La última palabra la sigue teniendo el Ejecutivo y el Parlamento".

Ignacio Achurra

@RamonCavieres

"La clase política, todos los partidos, deben estar a la altura de las circunstancias. Se debe generar una instancia de diálogo de todos los sectores y generar las condiciones de tranquilidad en el país".

Ramón Cavieres

@melnicksergio

"Ojalá quede claro quiénes son los que están generando el quiebre democrático. Hay que defender la democracia antes de que sea tarde".

Sergio I. Melnick

@jgomezarismendi

"Algunos están apuntando al desmoronamiento institucional bajo la loca creencia de que las instituciones se reinstalan con simples legislaciones. Lo más difícil es reconstruir instituciones informales como el respeto".

Jorge Gómez Arismendi

La crisis moral de Chile (I)

Álvaro Pezoa

Ingeniero comercial y Doctor en Filosofía



Estallido social, inoperancia de las instituciones, terrorismo, delincuencia, demandas ciudadanas insatisfechas y otros calificativos tienen cabida para describir aquello que ha acontecido recientemente y las realidades que lo han gatillado. Sobre esos temas se ha dicho mucho. De lo que se ha argumentado menos es sobre la profunda crisis moral que subyace a los hechos. El alma de Chile se encuentra dañada, haciendo brotar sus escorias por doquier, somatizando aquí y allá los efectos de males que se vienen arrastrando ya por largo tiempo. ¿Qué rasgos dominantes son manifiestos en este espíritu herido?

Destaca primero un creciente individualismo. Cada uno va a lo suyo, sin importarle mayormente los demás ni el bien común. Se busca satisfacer las propias necesidades, intereses y ambiciones, teniendo como referencia el estrecho mundo de un yo hipertrofiado y autorreferencial. Este individualismo que impulsa a pensar siempre primero en el "mí mismo" ha ido disolviendo las comunidades, partiendo por la esencial: la familia. Seguidamente y de forma emparentada al flagelo señalado ha ido creciendo la reverencia a la emoción, al sentimiento y a la satisfacción -idealmente sin límites- de las propias pulsiones: "En desear no hay engaño" parece ser la impronta prevalente. Esta marea pasional ha ido horadando la disposición reflexiva, el ejercicio racional y la autocontención. ¡Cuánta irracionalidad!, por ejemplo, se ha visto expresada en las últimas dos semanas de la vida patria, tanto en las conductas como en los decires.

Asociado estrechamente a los dos factores citados se encuentra esa versión contemporánea del materialismo que es el consumismo: quien más, quien menos, ha buscado afanosamente la felicidad en las cosas, en el efímero bienestar que regalan los bienes materiales, para muchos signos inmediatos del éxito y del ascenso social. En este catálogo lamentable no puede quedar excluida la devoción a los derechos y el desdén por los deberes. Se ha ido sembrando una sociedad de sujetos de derechos sin correlativos deberes: por ahí caminan miles de individuos súper conscientes de sus innumerables (supuestas) prerrogativas e indolentes a todo auténtico compromiso y obligación. Se ha cosechado a millares de pseudoinfantes y adolescentes (aunque ya no se encuentren en edad para darse tal lujo), que piden sin mesura, tantas veces sin ofrecer nada a cambio. De aquí al abuso de poder, la corrupción, la irresponsabilidad y la vida hecha farándula hay solo pasos. ¡Se han estado dando!

¿Qué sigue ahora? Nadie sabe a ciencia cierta, más todavía porque una porción significativa de las posiciones de liderazgo y autoridad están siendo ocupadas por personas infectadas por las mismas carencias éticas que el resto del cuerpo social. Materia de sobra para un duro presagio.

Un plebiscito constituyente

Fernando Atria

Presidente
Fundación La Casa Común



Después de la segunda vuelta presidencial, se hizo un lugar común en la ortodoxia columnística que su resultado significaba el rechazo del pueblo chileno al programa transformador de Michelle Bachelet. Ella se habría sometido con demasiada docilidad al "griterío de la calle"; su exceso de entusiasmo llevó a un conjunto de adultos a ver en las movilizaciones de 2011 no pulsión juvenil, sino rechazo al modelo neoliberal.

Era entonces necesario reparar el daño irresponsablemente causado y relegitimar el modelo. Para esto, la agenda del gobierno era explícita: en materia previsional, ratificar el principio de ahorro individual forzoso; en materia tributaria, menos impuestos a los ricos, para fomentar la inversión; en materia laboral, menos protección y más precarización; en educación, relegitimar la selección unilateral por los establecimientos, etc.

Ahora podemos decir que era un diagnóstico fenomenalmente equivocado. "No supimos entender bien lo que estaba pasando" dijo al salir el ex ministro de Hacienda. Y ese fenomenal error de diagnóstico deja al gobierno totalmente descolocado. Porque claro, ante manifestaciones contra el abuso, el que ayer buscaba bajar el impuesto a los más ricos y aumentar la precarización laboral no está precisamente en la mejor posición.

Quizás por eso le ha sido tan difícil entender lo que ha pasado, desde la declaración de guerra hasta un anodino y tardío cambio de gabinete. Es que ya no es posible salir del paso, como se hizo después de 2011, agradeciendo al movimiento social que haya puesto el tema en la agenda pero que ahora pueden volver a sus casas y dejar a la política institucional buscar soluciones. Es que hoy la protesta contra el abuso incluye a una "clase política" sistemáticamente incapaz de articular y procezar demandas ciudadanas.

Esto muestra que lo que realmente está en su origen es el problema constitucional: la cultura política que floreció bajo la Constitución tramposa resulta incapaz de actuar con eficacia cuando se trata de demandas sociales, y por eso es vista por el ciudadano como el instrumento del poder económico y entonces como cómplice del abuso que sufre.

Pero la política institucional es incapaz de ver la profundidad del problema, y cree que debe buscar mejoramientos puntuales. A veces los logra, y se hacen y celebran "perfeccionamientos". Aunque el resultado suele ser el efecto exactamente contrario al buscado (como el voto voluntario, que aumentaría la participación porque ya no habría "audiencia cautiva" y sería necesario "seducir" a los votantes; o la "Constitución de 2005", que en vez de solucionar gatilló el problema constitucional, etc.), se pasa al siguiente, y la deslegitimación se agudiza. Es que hoy no hay solución sin devolver el poder de decidir (no solo de opinar o discutir) a la ciudadanía. La solución es entonces un plebiscito constituyente, la misma que Jorge Burgos, al salir del Ministerio del Interior en 2016, se felicitaba por haber liquidado.

ESPACIO ABIERTO

El estrecho corredor de Chile

Mientras sucedía el 18-O leía el libro de Acemoglu y Robinson "The Narrow Corridor" (complemento a su libro "Why Nations Fail"). La hipótesis central es que sociedades que garantizan libertad, equidad y prosperidad son fundamentalmente inestables y operan en un "estrecho corredor", donde se equilibran un Estado capaz y una sociedad civil activa. La sociedad civil empuja al Estado a respetar y expandir sus derechos y limita al Estado para que no se sirva a sí mismo. A su vez, las instituciones estatales ayudan a la sociedad para asumir deberes, resolver conflictos y potenciar la colaboración. Eso requiere un Estado impersonal, inclusivo y capaz.

Esa tensión creativa es la que lleva a la prosperidad, pero genera conflictos. Hay varios ejemplos donde la sociedad civil ha protestado de un modo similar a lo hemos visto en Chile. Pensemos en la lucha por los derechos civiles en

EE.UU., sus cambios institucionales y la prosperidad que esto generó (mayor equidad y crecimiento económico al aprovechar talento perdido, como documenta Hsieh et al, 2019).

Todo se juega en cómo el Estado es capaz de responder a estas tensiones. Las sociedades que se mantienen en el estrecho corredor resuelven estos conflictos mejorando sus instituciones. Así, los autores argumentan que la crisis institucional de Chile que condujo a la dictadura militar es justamente un ejemplo de no saber manejar bien resolver el conflicto. Resolución que implica ceder y llegar a acuerdos entre grupos, hacer cambios, avances, pero hacerlo desde las instituciones.

¿Qué pasa hoy? En esta tensión creativa entre sociedad e instituciones, las instituciones no dieron el ancho y la sociedad se levantó. Había muchos antecedentes (que poca gente vio): descontento, desigualdades, bajísima confianza en todas las instituciones, abusos desde los sectores privado y público, y una larga lista. Junto con una

Francisco Gallego
Profesor asociado Instituto
de Economía UC



elite política, económica e incluso de algunas ONG que está muy lejos de la mayoría de las personas. Vive en otros lugares, va a escuelas diferentes y con "normas de conducta" que no ayudan a la inclusión (como el peso desmedido que se da a colegios y contactos en diversas esferas).

¿Por dónde salir? El libro presenta ejemplos exitosos. Todos implican negociaciones donde se cede y se llega a acuerdos: cambios institucionales y de políticas que recogen y formalizan demandas de la sociedad civil, pero que se hacen vía las instituciones y no fuera de ellas. Cambios importantes de normas también en la elite. Descentralización de poder efectivo a los territorios locales. Ojalá que podamos darnos cuenta (como sucede en casi todas las cosas) que no somos los primeros (ni seremos los últimos) en enfrentar este tipo de desafíos. Busquemos ejemplos y apliquemoslos. Esto implica ceder y canalizar las demandas de modo institucional. Ojalá no nos salgamos de este estrecho corredor (de nuevo).

LT latercera.com

Declaración de intereses en
www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa
S.A. Teléfono de Atención a
Suscriptores: 600 8 372 372

SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 70 | N° 25.378

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido o
cobertura del diario a
lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:

Email: correo@la.tercera.cl
Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos y ajustarlos conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
descalificaciones. Las cartas recibidas no
serán devueltas.